

El leve dibujo de los límites o el caminante ante un mar de bytes

La obra *La isla [reconocimiento]* de Rainer Krause es una pieza que reúne escalas y percepciones distintas de los bordes del mapa sudamericano respecto de los límites de los umbrales perceptuales de uno mismo. La promesa figurativa que habita en esta propuesta analógica, y a la vez digital, es figurar un mapa que se corrige en sus costas y orillas a medida que es alimentado por la información enviada por ciudadanos nacionales o extranjeros.

El diálogo que se produce entre el continente y el mar permite al artista avanzar por las costas de diferentes latitudes dibujando ese delicado y a la vez radical e intransferible acantilado que se produce entre la naturaleza y uno mismo. La edad ecológica del territorio revela sus formas ante el sentimiento de lo sublime del espectador. Estas connotaciones metafísicas nos recuerdan la pintura del *Caminante sobre el mar de nubes* (1818) del pintor alemán Caspar David Friedrich. En el caso de Rainer, su caminata ocurre exactamente 200 años después sobre un mar de bytes, que se comenzaron a marcar desde los primeros audios realizados el año 2005.

Cada punto de registro posteriormente va dando la forma de una geografía que se corrige a través del viajero, desde ahora audionauta, que se asoma, registra y envía su archivo al administrador del sitio que en este caso es el artista. El dibujo del territorio va generando un perfil que luego se experimenta diferidamente en el espacio de la exposición. El audio ambiente viene de un registro deslocalizado que se escucha en modo aleatorio o *random*, hasta que el espectador hace un *click* en alguno de los puntos del mapa y puede él mismo activar ese audio en su condición de *site specific*. El paisaje se inicia en los sentidos y después se reproduce por las salas hasta donde alcancen los decibeles (como se trata de una obra orgánica e inestable, tanto la institución como el artista se ven obligados a administrar y negociar cotidianamente el control del volumen). Dos parlantes están en los pasillos del segundo piso y otro en la escalera más próxima a la sala. Junto a la oficina del director hay otro. Por lo tanto el espectador que active un archivo específico podrá ser responsable-autor del audio que está en la sala de exposición, como en cualquier otro lado del Museo de Arte Contemporáneo. Este audio deslocalizado y nómada, trae la imagen del caminante pero esta vez expansivo, serpenteando por el museo como si fuera un rumor o lamento que recorre las paredes, columnas y cúpula del edificio.

Las posibilidades que abre la tecnología GPS, en complicidad con seis o siete satélites, permiten esta experiencia en alta definición (HD) del instante auditivo. El producto registrado por el ocasional audionauta está en potencia, hasta que un visitante de la exposición lo saca de la red y lo presenta al espacio del museo. De un momento a otro, las galerías y salas se llenan de olas, piedras, pájaros y ruidos de una costa matinal con leves ruidos urbanos o un rompe olas demasiado peligroso y alejado, se cuelan por el aire del MAC dejando en escalas de grises al centro de las pantallas, el movimiento permanente de un continente que se construye por vía remota.

Nos imaginamos el óleo de Caspar David Friedrich instalado de las paredes de la Kunsthalle de Hamburgo en el momento que se puede activar un click para dejarnos al borde otro abismo: los archivos disponibles. Una imagen liminar de la propia percepción en la medida que se audiotransporta a lugares que finalmente tienen que ver con su archivo personal. Este enfrentamiento con la evocación sonora y el referente geográfico, es traducido museográficamente al punto que nos hace verosímil la posibilidad de que el mismo Caspar David, llegara hasta el centro de la sala, para activar cada uno de los registros y recordar a través de otros, esas horas extremas de ascenso, esa brisa gélida que lo hace estar en la cima del mundo.

Las derivas o travesías en este caso están al servicio de una imagen ampliada de la geografía continental. Varios puntos son registros de la costa de Perú, Brasil o el borde de un lago al interior de la cordillera de

Los Andes. La imagen audible con la que emergen los sonidos de los diversos dispositivos visuales y auditivos es constructiva. Es decir que la información se modela a sí misma a medida que se van sumando archivos, cuya estética concreta o minimalista se recorta a través la figura y el fondo de las pantallas. Está claro que los archivos van a ir progresivamente insistiendo en lo abismal de la orilla, y a medida que se pueble de más registros, la orilla será cada vez más densa y aumentará proporcionalmente el tiempo de escucha. En la actualidad (marzo 2018), los registros existentes muestran un políptico sonoro de 390 minutos (seis horas y media aprox.) y reúne 13 personas. Posteriormente *La isla [reconocimiento]* podrá almacenar una cantidad indeterminada de terabytes de audios que en su contundencia de archivo nos desafiarán al absurdo de que para escuchar todo, se tendrá que disponer de un par de años (misma paradoja que se produjo el proyecto de *Un Terabyte*, que consistió en realizar audios en todo momento de su vida durante un año y luego expuso sólo el hardware al interior de una vitrina el año 2012.

El sonido registrado en el pasado comparece en un aquí y ahora. El pasado de las diversas costas se hace presente a través de una imagen técnica. Esta imagen es auditiva y geolocalizada con un margen de error de 20 centímetros aproximadamente. Este nivel de precisión al que ha llegado evolucionar el panóptico digital contemporáneo, nos tiene engullidos y regurgitados cotidianamente. La experiencia de registrar un audio y georeferenciarlo, no sólo es una experiencia estética sino también es política, en la medida que puede ser utilizada como un dispositivo de control: los archivos de audio son datos de ubicación y el caminante puede ser reconocido por la huella que dibujan sus movimientos. ¿Cuántas cartografías inconscientes o accidentales vamos diseñando en el andar cotidiano y por lo tanto entregando un perfil inconsciente de nosotros al Big Data?

El contorno móvil de *La isla [reconocimiento]* se dibuja a través de frecuencias registradas y retransmitidas, al ritmo de quienes recorren las orillas del paisaje. En este proyecto Rainer Krause problematiza en torno a esta promesa tecnológica, borrando los límites entre exactitud y subjetividad, poniendo una cartografía sonora al alcance de la mano. El continente se dibuja de manera colectiva, caminando por la orilla, como lo presenta la pintura *Demóstenes declamando por la orilla del mar* de Eugene Delacroix que muestra al político ateniense, luchando contra sus dificultades para hablar llenándose la boca con piedras y a la vez buscando la mejor pronunciación, pues su gran anhelo era ser maestro de retórica. La imagen realizada a mano en la pared de la sala muestra a Demóstenes alejado del tumulto callejero y las audiencias, se escapaba a la orilla del continente para ensayar a viva voz. Su silueta se dibuja protagónica como un manifiesto de soledad, misma idea contenida en el caminante de Caspar David. En la pintura de Friedrich, el protagonista, el espectador, da la espalda al igual que en la exposición.

En tal sentido, en *La isla [reconocimiento]*, se produce una pausa o intervalo cartográfico pre-racional entre ser humano y naturaleza. Tal vez una hipótesis que se aloja en la base de este proyecto sea la de admitir desde la tecnología, que la silueta de un territorio rememorado es técnicamente imposible de reproducir. Esta orilla geológica, perceptual, filosófica y emocional, se extiende como un muro poroso por las costas de Sudamérica, podrá diluir todas las fronteras y a la vez, unir a los audionautas que se sumen en el trayecto. Este muro poroso transnacional, que ha inaugurado Rainer Krause, es el mismo contra el que ensayó la voz de Demóstenes y sobre el que se erigió victorioso y omnipotente Friedrich. En *La isla [reconocimiento]* la experiencia del visitante se reproduce alegóricamente en el presente museográfico que lo ubica en el centro de la sala, parado frente al paisaje técnico, escuchando. Es la inevitable silueta de alguien que permanece en silencio ante el misterio, atento, en la orilla, auscultando hasta el más mínimo detalle, en la propia isla portátil que construyen los sentidos y la tecnología.

Ramón Castillo
marzo, 2018